



Sillería baja de la catedral de Toledo. — Bajo relieve que representa la entrega de Baza.

GUACANAJARÍ.

II.

AINAIMA.

¿Por qué no han de acabarse todos los recuerdos en la oscuridad del sepulcro? ¿por qué ha de vivir lo que pasó al través de los siglos que marchan sin término y como las nubes que se amontonan y caminan atropellándose, impelidas de las tempestades?... Todo deja en la tierra su memoria: ni una arena es arrastrada por los vientos; ni una flor cae del árbol donde nace; ni una onda del mar llega á la orilla en medio del flujo y del reflujo á desvanecerse misteriosamente, sin que lo disponga la voluntad de Dios, que todo lo tiene previsto y lo señala con su dedo en el libro infinito de las generaciones, de los espíritus y de las cosas; por eso los días de mi triste vida pasaron quedando señalados con lágrimas para todas las edades. ¿Qué raza de hombres verá la luz en las fértiles y risueñas colinas de Haití que no fije sus ojos apesadumbrados en las ruinosas y olvidadas piedras de mi palacio de Marien?... Tú que has levantado mi cabeza del sepulcro y haces flotar mis cabellos movidos por el aire embalsamado de la noche, que refresca mis sienes, consuela el dolor del dolor mío, que no es igual á ningún dolor del espíritu del hombre.

Yo hubiera querido acabar para siempre en la roca de la orilla del mar, ¡por qué las alas del ángel de la muerte, no quedaron tendidas sobre mí por una eternidad!... paralizada mi sangre, mis ojos se cerraron; con el último aliento, se llevó mi espíritu el ángel del sepulcro. El beso de la extranjera que abrasó mi frente, acompañaba mi alma, desprendida del cuerpo, que se tendía cual espacio azul.—¡Dios mío! yo sentí el frío de la muerte ampararse de las arterias de mi corazón; pero aquel beso estremeció mis entrañas, y no me dejaba morir.—Tendido sobre las rocas y sin oír el ruido lúgubre de las ondas, se apoderó de mí la oscuridad de la noche, y la insensibilidad de la materia. ¿Por qué desde aquel día, las alas del ángel del sepulcro, no quedaron tendidas sobre mi frente por una eternidad?...

El silencio reinaba en las peñas y recostaba el mar su onda tranquila, en la estendida y solitaria playa: la brisa empujaba los olajes hácia oriente, la luna se escondía en el horizonte; entre la oscuridad, se levantó una sombra blanca como la espuma del mar y melancólica como la luna; paso á paso, atravesó la llanura; traía desordenados los cabellos; los ojos lánguidos y arrasados de lágrimas, ¡pobre Ainaima!... eras tú que desde la orilla oíste el sonido lastimoso del arpa; la voz de la extranjera había llegado á tu corazón, para herirlo mortalmente, como el huracán despedaza los montones de nubes, y como el rayo del sol marchita las delicadas flores del Tamarindo.—Y así como el águila guarda desde la altura el nido de sus tiernos polluelos, tú viste la boca de aquella mujer llegar hasta mi frente, y sus lágrimas que se derramaron sobre mi cabeza, cayeron gota á gota y como chispas encendidas, y amargas como la hiel y como el veneno de la serpiente, sobre tu despedazado corazón!...

La extranjera que estaba á mi lado trémula y angustiada alzó la cabeza y vió á Ainaima adelantarse; y como el temeroso pájaro de la noche, huye al ruido de la mar que azota la playa y se estrela estrepitosa entre las aberturas de las rocas, así saltó despavorida de piedra en piedra hasta desaparecer en la oscuridad. Ainaima llegó hasta mí, cubierta de palidez; la luna hería con moribunda luz su triste frente; su lastimoso suspiro estremeció mis entrañas heladas por la ingratitud; su mano cariñosa abrigó mi cabeza en el calor de su seno infeliz: «Guacanajari me dijo, anegada en lágrimas, Vagoriona me trajo á las orillas del mar, buscando el ángel de mi vida, abre tus ojos y mírame porque el dolor consume mis entrañas» Mis oídos escucharon sus trémulas palabras; pero mi espíritu estaba lejos del corazón; la infeliz viéndome morir, despavorida, lanzó á los aires su grito, querearon en los mares, conmoviendo las mismas rocas; lo oyeron mis guerreros y Caonabo llegó desde la orilla, me levantó en sus brazos maldiciendo el destino de los reyes de Haití, y como un cadáver me llevó por las montañas hasta los umbrales de mi palacio de Marien.

Aquella noche la borró el ángel de los días de mi existencia, porque en toda ella no tuvo calor mi sangre, ni pensamientos el alma: por la mañana abrí los ojos; la sed y la fiebre me consumían; junto á mi hamaca estaba Ainaima, la cabeza caída sobre el pecho, amarilla como

9 DE SETIEMBRE DE 1855.

la cera: fijé en ella mis lúgubres miradas, apenas respiraba la infeliz; ni un suspiro salía de su corazón. Caonabo estaba á su lado, taciturno como el ave que se alimenta de carne, y tenía la vista colorada como la luz del sol al ponerse en medio de los mares.—Ainaima, dije tendiéndola mis brazos; y como el ruiseñor que se ahoga de sed cansado de volar, balla al huir el día la fresca corriente en las profundidades del cibao, así se acercó á mi voz la desgraciada... ¡pobre alma mía! repetí exhalando un suspiro; mis ojos le dijeron la amargura profunda de mi dolor, dos lágrimas de fuego rodaron de los suyos melancólicos como la luna; el destino rompiendo las alas de mi corazón, había envenenado para siempre la existencia de mi pobre Ainaima.

La fiebre me consumió durante muchos días, postrado, sin aliento, tendido en la hamaca de los reyes de Haiti estaba el cuerpo de Guacanajari; pero mi espíritu envuelto en el perfume de las flores, había subido á los cielos, á confundirse con el rayo de la luna; mi espíritu no estaba alentando al corazón: yo no sentí ni el dolor, ni el placer; los ojos no veían el sonreír apacible de mis tiernos hijos, que ponían sus manitas cariñosas sobre mis labios; ni los oídos escuchaban el lento y temeroso gemido de Ainaima—el espíritu había abandonado el cuerpo, porque el dios de mis abuelos había querido purificarlo.

En aquel parasismo mortal, siete veces la luna cruzó por el cielo acompañada de la estrella de oro que rutila enamorada de su luz cándida y transparente, como era el alma de Ainaima—siete veces antes de llegar la mañana, se reunieron la amargura, la tristeza y la desesperación, génius tutelares de la espléndida noche y esparcieron su veneno, y las sombras enlutadas y el frío de la densa oscuridad por la faz de la tierra: siete veces salió el sol de la profundidad de las aguas, y mi espíritu todavía divagaba en el éter del espacio, envuelto en el canto lastimoso de la extranjera, confundido con el rayo de la luna, rodeado de las sombras de mis abuelos, y regado por las amorosas lágrimas de Vagoniona y de la diosa de los mares, padres de mi generación.

Al octavo día, la luna dejó de aparecer; mi cuerpo sintió el espíritu que había vuelto á animar el corazón; y ¡abrí los ojos!... Ainaima estaba sentada sobre el banco de oro de los reyes, el codo colocado en la rodilla, la barba sobre la mano descarnada por el sufrimiento; los labios pálidos, los ojos sin brillo y con el mirar lánguido de los últimos momentos de la vida; ambas sienes señaladas por el dolor... Ainaima no había probado el alimento, ni apagado la sed que la devoraba en los días de mi enfermedad; aquel cadáver de la mujer que idolatró mi vida era el ángel á quien Dios había encomendado mi espíritu; pero mi espíritu había desgarrado las telas de sus entrañas, ¡pobre Ainaima! mi bendición nunca se extinguirá; ella acompañará tu memoria al través de los siglos, porque la gratitud nunca acaba: vive como el día en que nació y se trasmite de generación en generación, ¡ay! la gratitud es la eternidad, donde pasea sus ojos misericordiosos el Señor del mundo.

Cuando desperté de aquel morir extraordinario, tuve miedo; probé el remordimiento, para mí desconocido hasta entonces, porque ni una sola crueldad había manchado la pureza de mis pensamientos. Ainaima estaba arrodillada á mi lado: mis dos hijos ahogaban sus infantiles gemidos, para no mas afijir mi pesadumbre: los Butios celebraban funerariamente la última ceremonia de la vida, y levantaban la cuchilla del sacrificio preparada ya para tronchar mi cabeza (1). Caonabo, Manicate, Boechio, todos mis capitanes y los sábios y las vírgenes, rodeaban mi lecho y rogaban al Texmes de mis padres, para que llevara al dios de Haití sus quejumbrosas plegarias: el tambor sagrado resonaba estrepitosamente, en mi recinto, y el butio, jefe de los sacerdotes dividiendo la torta de Cazabe, la repartía entre los príncipes de mi sangre: Ainaima de rodillas en un rincón de mi palacio, lloraba silenciosa; el abatimiento descomulgaba sus huesos; su mirada era lúgubre. Volvió á sentarse en el banco de oro de los reyes, y exhalando un suspiro dejó caer sobre el pecho la cabeza.

Apenas salí del estupor de aquella fiebre, cuando vi que Caonabo fijó su torba mirada en las puertas de mi palacio: luego entreabrió los labios con la rabia de la Utia (2) gimiendo como el caiman entre los uncós del yaquí, cuando quiere devorar un hombre; los caciques se estremecieron: los ojos de Ainaima se dilataron como la pupila del

pájaro de la noche en medio de la oscuridad; su frente se cubrió de pudor, iba á caer como la flor de la yagruma, (1) cuando el jaquei (2) la entrelaza para matarla: yo encogí los miembros entre la hamaca y mi espíritu se escondió en el fondo del corazón—¡rey Guacanajari, te traigo la salud! me dijo Colon que entraba por mi puerta como el sol por la garta del monte Cautá, cuando sale cubierto de rayos de las espumas del mar. Seguía sus pasos la extranjera descolorida como la hoja que marchita el viento; en sus manos traía una piedra del color del agua, que el Señor de la luz traspasaba con sus rayos, y en ella encerrado el sonido y una esencia del cielo para apagar el ardor de mis entrañas: Ainaima la miró y dejó caer de nuevo la cabeza sobre el pecho.—Caonabo y los caciques rodearon mi hamaca: Colon me dió su mano de hierro; la extranjera llevó á mis labios el remedio dulce como la Guanabana, (3) que calmó mi sed y embargó con el sueño mis sentidos.

La furia de los celos brillaba en las miradas centellantes de Ainaima.—La extranjera fijó en ella sus ojos de águila, negros como el pensar que la consumía, sintiendo su dolor porque era buena... «Mujer del cielo, le dijo entonces Ainaima con la frialdad de la muerte, ¡ojalá que tu corazón se convierta en hiel amarga, y lo derrita la ingratitude y lo haga cenizas la maldición del Texmes.» Entre mis sueños oí sus palabras acibaradas por el odio, y me estremecí: los butios la escucharon temerosos y miraron con los ojos de través: la extranjera inmóvil frente de mi hamaca, como el espíritu de la venganza sin abandonar la víctima, sonreía en medio de la desesperación. Mi alma y su alma estaban unidas por una eternidad: sentí en mis sueños que su boca temblorosa besó mi boca enamorada: la palidez del pudor hacia languidecer sus ojos embriagados de celestial ternura, mientras envolvía su espíritu con mi espíritu un éxtasis de amor infinito; pero en mi delirio oía la voz de Ainaima que me llamaba lentamente desde el sepulcro; ¡qué lastimosos son estos recuerdos; y qué enlutados y cubiertos de lágrimas vienen á devorar mi memoria!... Después de cruelísimos dolores, volvió la fuerza á mis miembros: la mano empuñó de nuevo el arco; crucé las montañas; me sumergí en las corrientes á luchar con el caiman; sacudí la debilidad del cuerpo; pero mi espíritu taciturno no amaba la vida, era un peso que deseaba depositar en el sepulcro: desde mi enfermedad no volví á ver á la extranjera, ni llegué á las orillas del mar: cuando las vi de nuevo, encontré surcada la tierra y dominada la playa; una eminencia (4) cubierta por todos lados de máquins para lanzar el rayo. Al verme llegar allí, salió de sus barcos Colon y me dijo: «Dios te guarde rey Guacanajari, voy á partir; te dejo treinta y nueve de mis guerreros: trátalos como á hermanos; ellos te defenderán contra Caraiibi, y tú serás invencible, porque los rayos de su furor despedazarán tus enemigos.» Yo bendije la palabra de sus labios, y en prueba de mi ternura y lealtad, le di un vástago de mi sangre para que lo acompañara en medio de los mares; le prometí mirar sus guerreros como á mis propios hijos y el dios de Haiti me prestó aliento para sostener mi promesa hasta que bajé al sepulcro en medio de los mayores martirios; no te lleves á la extranjera porque vas á matarme, iba á decirle, cuando los ojos de aquella mujer idolatrada penetraron en mi alma como un rayo para apagar la palabra de mis labios—última mirada que ha acompañado mis huesos en la soledad del sepulcro, y que ha alumbrado la oscuridad de mi eterna noche! ¡cuando despierto para llorar los días de mi triste vida, aun te veo deramando tus rayos sobre mi frente y abrasándome con la ternura inesplicable de tu amor desesperado!...

Por fin, sus naves se alejaron de las playas de Haiti, confundíndose lentamente en el horizonte, como se pierde la memoria de los hombres en el mas incansable y eterno del olvido: yo quería desde la orilla, penetrar por las nubes salvando la distancia, y con los ojos seguir hasta el infinito la sombra de aquella mujer; pero mi vista tropo-

(1) Arbol corpulento, de una gran elevacion, de mucha sombra, la hoja es pequeña y de un color claro, abunda en los montes y orillas de los rios: en la primavera se cubre de flores.

(2) Jaquei; bejuco que abunda en las selvas; se entrelaza á las yagrumas y cedros, hacanas y palmas: los indios lo tenían como el simbolo de la ingratitude; porque una vez que se enredaba á los árboles, era tal la fuerza de sus brisas, que acababa por secarlos.

(3) Guanabana, árbol corpulento, produce esta fruta que tiene un color verdoso, es casi del tamaño del melon; la piel es muy blanda y encierra dentro una sustancia blanca glutinosa y dulce como la azúcar.

(4) Fortaleza que construyó Colon en la orilla de la mar, con los pedazos de la Santa Maria que se salvaron del naufragio, rodeada de un profundo foso y defendida por las bombardas; en ella dejó treinta y nueve hombres escogidos al mando de Diego Arana, á quien concedió poder absoluto. Para reemplazarle en caso de muerte, señaló á Pedro Gutierrez y á Rodrigo de Escobedo. Entre aquellos soldados habia sastres, zapateros y carpinteros; les dió tambien víveres y vino y varias clases de granos para la siembra, recomendándoles de vivir bien entre si, y en buena paz con los indios. Al establecerlos en la fortaleza, llamó á Guacanajari del que se despidió diciéndole á Diego Arana que lo defendiera de sus enemigos; en cambio Guacanajari prometió al almirante que miraría á los españoles como á sus hijos, y en prueba de amistad le dió uno de sus parientes para que le acompañara en su viaje; dando á la vela el 4 de mayo.

zaba con el reloj del horizonte tejido de nubes espesas, y con la incierta y misteriosa sombra de la tarde que no me dejaba llegar mas allá. Mi pueblo, que había descendido de las montañas á decir adios al extranjero, se retiraba silencioso por las orillas de la mar; yo me senté en las rocas solitario y acompañado de todos mis recuerdos, y del dolor eterno que sentía en las fibras del corazón y de la memoria dulce de aquella mujer que será el alma de todos mis pensamientos. «Ella volverá, decía, fijando sus ojos en el cielo, donde todos los desgraciados hallan consuelo, y los ingratos y perversos el aspecto terrible de la justicia, que misteriosamente los estrema rechazando sus delitos: así rechazó el cielo mi plegaria y bajó la cabeza, y reconcentrado en mi angustia me alejé de la playa.

Llegaba á mi palacio, cuando la noche descendía del caos impenetrable y sublime de las cosas eternas, que no sabe el espíritu ni dónde comienza ni dónde acaba; pero que tiene su principio y tendrá su fin, como todo lo que nace y muere á la luz incomprensible del sol. El cielo estaba transparente y tachonado de luceros rutilantes: parecían las estrellas copiosísima lluvia de gotas de fuego; la melancólica luna en medio del horizonte, reina del vasto mundo de las sombras, tendía su luz de plata sobre la rizada y cristalina espalda de los mares, alumbrando con faz serena las selvas vírgenes y las dilatadas sábanas; la brisa perfumada por el suavísimo olor de los árboles, de las yerbas y las flores, refrescaba el delicioso ambiente: todo era silencio: solo el canto del ruiseñor se oía á lo lejos: aquella noche era la mas hermosa y apacible de cuantas vieron mis ojos... ¡Dios mío!... ¡qué imperturbable y con qué frío presencia la naturaleza el dolor y la alegría de la humanidad, sin castigar al malvado en medio de sus crímenes, desahaciendo su cuerpo en el aire como el perfume de las flores y sin defender al inocente que perece cubierto de lágrimas, sosteniendo heroicamente la virtud del alma hasta mas allá de los umbrales del sepulcro!... ¡Siempre impasible el mundo sin estremecerse nunca, y encerrando en sus entrañas de barro, las generaciones inmensas de los hombres!...

Iba á poner los pies en el umbral de mi palacio, cuando un lamento doloroso hirió mis oídos: volví los ojos, y entre los tamarindos (1) ví á Ainaima asentada sobre el sepulcro de los reyes. Dirigí á ella mis pasos: «ven Guacanajari, me dijo, con voz lastimosa y como si saliera del fondo del sepulcro; me detuve en su presencia cubierto de vergüenza; y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardaba que su lábio acusara mi espantosa ingratitud delante de las sombras de mis abuelos: la pobre, fijó en mí sus ojos cadavéricos, donde brillaba la ternura lúgubre de la muerte, y exhalando un suspiro que desgarró mis entrañas, me tendió su temblorosa mano abrasada por la fiebre y me dijo con voz humilde y quejumbrosa entrecortada por los lamentos. «Te he aguardado; creí que no venías y que iba á descansar la cabeza sobre la piedra del sepulcro, sin decirte el último adios de la vida; voy á morir, Guacanajari: perdona si los labios de la pobre Ainaima lastiman por última vez tu corazón; sé que eres muy infeliz, pero voy á morir, Guacanajari. Oye el último adios de la mujer que tanto te ha querido y que va muy pronto á encerrar en la oscuridad del sepulcro el dolor de sus entrañas, para que sus lágrimas no te entristezcan mas: ¡alma del alma mía! Yo fui el suspiro de tus suspiros; mis hijos eran la luz de tus ojos; su pobre madre vá á bendecirlos por última vez, míralos Guacanajari, exclamó moribunda separando de su alrededor las verdes ramas donde descansaban ocultos aquellos dos ángeles abrumados de cansancio y entristecidos con el llanto de su desventurada madre, «cuando duerma en el sepulcro, ellos te recuerden la memoria de la mujer que tanto te ha querido; y cuando las estrellas coronen el espacio y la luna tienda su luz por el cielo bañando con su rayo melancólico estos sepulcros, enséñales á bendecir mi infeliz memoria, y tráelos á llorar sobre la tumba de su pobre madre; no enlutezcas ni tu cuerpo ni tu corazón, ni llores sobre el cadáver de esta infeliz; Guacanajari, al morir te perdono y te bendigo;» dijo y espiró, dejando caer la cabeza sobre el cuerpo de sus tiernos hijos. Ellos atemorizados, despertaron del sueño, madre, madre, gritaban besando sus labios fríos por el hielo de la muerte; pero Ainaima no abrió mas los ojos: los había cerrado para siempre: entre mis labios recogí su último suspiro: la empapé de lágrimas: la llamé desesperado para que viera el inmenso dolor que consumía mis entrañas. Pero su alma había bajado á dormir en la noche de la eternidad. Sus hijos me pedían á gritos á su pobre madre; los inocentes besaban mis manos y acariciaban para ablandar mi crueldad; me decían que tuviera de ellos compasión y que despertara á Ainaima de su profundo sueño... ¡ay! ¡por qué cuando padece tan fieramente el alma, no ha de tener el hombre el derecho de hacer pedazos el cuerpo, para entregarse al descanso sublime de la destrucción interminable?...

(1) Tamarindo, árbol corpulento, de hoja muy menuda y que estiene sus brazos formando tienda, donde se guarecen los indios de los calores.

Yo tuve entre mis brazos toda la noche el frío cadáver de la infeliz Ainaima... así me encontró el sol padre del universo, así lloraron á mi redor los brutos y los guerreros, y al caer la tarde, rodeando de flores con mis propias manos su cabeza bendecida, yo mismo la coloqué en el sepulcro sobre la piedra de los reyes; quité las cibas de mi cuello y las puse para siempre sobre su corazón, porque Dios me había presagiado, que iba á acabar con su muerte el reinado de los reyes de Habiti.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

(Continuación.)

En efecto, había llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y nos fué forzoso despedirnos de aquella jóven á quien las penas habían realizado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el doble culto del afecto y de la veneración debido á la desgracia. Preocupados con lo que habíamos oído, no pudimos advertir que una persona extraña seguía nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espiarnos ó de sorprender algun secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversacion era bien natural y sencilla.

—¡Pobre jóven! decía uno.

—¡Qué trabajos habrá pasado!

—¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

—¿Quién había de decir que conocía á nuestro desertor, Matías!

Al oír estas palabras, el hombre que seguía nuestros pasos nos interpeló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matías. Este nos había visto entrar en la casa que él rondaba de día y de noche, nos había visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarnos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oír pronunciar su nombre envuelto en la historia de la jóven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos había producido la narración de nuestra paisana era mas fuerte que el resentimiento que guardábamos á Matías por su extraña separación de nuestra compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvenções, empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habíamos oído.

—Pero chico, le dijimos, ¿no habías tú conocido á esa muchacha?

—No hago memoria.

—Ya se vé, ¿cómo era tan jóven cuando estuvo en Peñaranda!

—¿Pero es verdad que me conoce? ¿Y por qué lo ha disimulado tanto?

—Pues con nosotros ha estado bien esplicita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiera podido celebrar el entierro de su madre.

—¿Cómo!

—Lo que oyes.

—Será... ¡ya caigo! ¿Con qué, esa pobre jóven es la hija de aquella desgraciada?... Pero señor; yo vuelvo á mi tema ¿por qué no se me ha dado á conocer?

—Eso se explicaba bien, contesté yo; por lo que he colegido de algunas palabras, infiero que esa jóven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

—¿Y qué importa! exclamó Matías fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa jóven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

—Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriría el pobre en Ultramar.

—¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

—Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los presidios de Ultramar, y no han vuelto á tener mas noticias.

—Señores, dijo Matías, dando muestras de una agitación extraordinaria, ¿qué están Vds. diciendo? por favor dénme Vds. algunos detalles acerca de ese duelo.

—Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

—¡Cierito! exclamó Matías.—Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

—Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que despues de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

—Basta, dijo Matías; ¡basta, amigos míos! Yo quiero ponerlos al

corriente de lo que todavía ignorais en esa historia. Sabed que esa joven, cuyas desgracias os han interesado tanto, esa joven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esta era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra escursion.

—Si, continuó Matías, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el génio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañaros.

Entonces comprendimos nosotros todos los misterios que no habíamos podido descifrar, y entre otros, la estraña acusacion que Matías nos hiciera, diciendo que éramos la causa del suicidio de don Bruno.

—Ahora, dijo Matías: es necesario que volvamos á ver á esa joven, cuyo nombre no recuerdo; tendremos el sentimiento de aumentar su dolor con la infamante noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situacion á que la habia condenado la suerte; la diré que deje su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde este instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvimos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver al día siguiente tan pronto como nos levantásemos, pero nuestra mala fortuna derribó en un momento nuestros planes. Hallábase entonces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos antes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicacion en mas de ocho dias. Consideren mis lectores cuál seria nuestra pena, y sobre todo la de Matías, viéndonos encerrados y sin comunicacion, no por nosotros mismos, que nada podíamos temer, confiados como estábamos en nuestra inocencia, sino por la joven, cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detencion.

Y nuestra prision llevaba trazas de ser larga por la funesta combinacion de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabíase que habia en Lisboa un club compuesto de estranjeros, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, fácil nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntar por nuestra paisana y amiga. Pero ¡nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos dias antes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policia para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos dias de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la joven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero tambien este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disimulen todavia por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada infaliblemente en el número inmediato de nuestro periódico.

(Continuará.)

AZELIA Y LAS WILLIS.

BALADA

DE S. J. NOMBELA.

(Conclusion.)

V.

Quedó Azelia dormida con un profundo sueño, no sin haber dado antes lugar en su imaginacion á un tropel de ideas, entre las cuales dominaban la de su amor á Huberto y la de las Willis, cuyo retrato acababa de ver por la descripcion de su padre; pero al cabo de un corto espacio, quedó profundamente dormida. Las ideas que durante

el insomnio habian turbado su mente, abandonada al sueño, tomaron formas y colores y como en un estenso panorama se presentaron á su vista.

Era al amanecer del día señalado para las bodas de Azelia y de su amante; las flores abrian su pétalo dejando ver entre sus estambres algunas gotas de rocío que parecian perlas, las matinales anras mecian y besaban las ramas de los árboles, la aurora abandonaba su lecho cristalino y levantándose en su carro por el oriente inundaba con su rosada luz los montes y los prados. Las aves dejaban su nido y revolando entonaban con melodiosa voz, himnos sin fin á la precursora del día. Los zagales de aquellas cercanias se adornaron con sus mejores trajes y envidiaban á Huberto porque iba á unirse para siempre con Azelia, la mas gentil y virtuosa joven de entre todas las que habitaban aquellos sitios. Por otra parte, las pastorellas ya engalanadas poblaban la pradera y entretegian con suma habilidad guirnaldas de artemisa, olivá y azahar sujetándolas con cintas blancas, simbolo de pureza. Con ellas pensaban festejar á los tiernos amantes. — Los caramillos de los aldeanos rivalizaban con el sonoro canto de las aves. Todo era placer, todo respiraba alegría y felicidad.

En tanto Azelia, al lado de su padre recibia sus consejos con respetuosa atencion y profundo cariño... Ya el sol doraba las rubias mieses de los oteros y Huberto, con su traje de boda llegaba al lado de sus buenos amigos al sitio donde le esperaba la dicha mas inmensa que puede ambicionar el corazon... Huddon y Azelia salen á su encuentro... El padre estrecha entre sus brazos al nuevo hijo, al nuevo apoyo de su vejez. — Azelia le dirige una tierna mirada acompañada de una dulce sonrisa y abandona la estancia para salir á la pradera. — Llega al dintel de su cabaña y varios grupos de aldeanas la victorean y la saludan. Ella contesta á sus demostraciones de cariño con frases de agradecimiento, pero no se detiene, se abre paso por entre aquellos alegres grupos y corre al bosque que está frente de su vivienda.

—¿Adónde vá? ¿Adónde van? dicen las unas á las otras.

—¿Adónde vá? preguntan los aldeanos.

—¿Adónde vá? repite Huberto á Huddon.

—Todos lo ignoran, ninguno adivina su intencion.

La mayor parte creen que ha ido al cercano bosque para teger una guirnalda y mostrar á su amante su cariño. — Esta idea cunde con rapidez y sosiega los ánimos... Todos esperan... Los zagales tienen sus pastoriles instrumentos; las pastorellas danzan... En todos los semblantes imprime su sello de felicidad... El sol marca en su ruta el medio día... Las brisas de la tarde comienzan á salir de entre las flores... El sol hunde su frente en el ocaso... Luce el crepúsculo sus mágicos colores, sus variadas y poéticas tintas... La triste noche tiende su oscuro manto... La misteriosa luna vierte su melancólica claridad... Azelia no ha tornado... Los zagales precedidos de Huberto se internan en el bosque... Azelia no parece, el desaliento se apodera de los corazones... Vuelve otra vez la aurora, torna el sol y otro sol y otro y otro. — Azelia no ha parecido aun. Huddon yace en el lecho, abatido por su fiero dolor. Huberto llora desconsolado la pérdida de su adorada Azelia. Los pastores le acompañan en su tristeza. Las zagalas arrojan la artemisa y el laurel y solo llevan en sus manos el ciprez y la adelfa; hasta el canto de las aves es triste y melancólico. — ¿Qué habrá sido de Azelia?

—Todos lo ignoran.

Azelia habia penetrado en el bosque de las Willis á teger una corona de flores para ceñir los cabellos de su esposo; Azelia tuvo sed y acercó sus labios á el manantial de una fuente cristalina. — Aquel manantial estaba impregnado de un narcótico que adormecía primero dando despues una muerte tranquila. — Azelia quedó dormida y al despertar se halló encerrada en el capullo de una azuzena. Habia dejado de existir y como todas las jóvenes desposadas iba á ser Willi. — Solo faltaba la ceremonia acostumbrada para llamarse así, vivir con su vida, danzar con su danza y adormecerse, con su sueño.

VI.

La luna iluminaba el bosque de las Willis con una dulce claridad; el azulado manto de la noche bordado de lucientes estrellas estaba desplegado y las brisas murmuraban entre los pobos y abedules meciendo blandamente las inclinadas ramas de los sauces.

El centro del bosque formaba un espacioso círculo del cual partian ocho calles de frondosas acacias y elevados abetos. Cuatro rústicas fuentes colocadas con natural simetria murmuraban derramando sobre el mullido césped el sabroso licor de su seno y en derredor brotaban lindas y perfumadas flores.

Zela era la reina de las Willis; abre su pétalo un clavel y aparece la hermosa soberana envuelta con una mágica claridad que alumbraba de improviso aquel parage solitario.

Apenas toca con su pequeño pié en el hervoso suelo, sus palpitantes alas tiemblan y se agitan sobre sus espaldas como las hojas de los árboles cuando el céfiro las impele con su soplo. Lleva en su diestra mano una rama de florido romero: con ella toca en todos los objetos que la cercan y súbito aparece un resplandor misterioso y una Willis que se reúne á ella y forma su cohorte.

Todas se agrupan, van á empezar su danza, cuando una de ellas, la divina Ofelia, anuncia la llegada de la amiga de sus primeros años, de la gentil Azelia. Con tan dichosa nueva todas se regocijan, irradian sus semblantes de alegría... Ofelia conduce á su amiga encubierta con un velo nevado... Las Willis la rodean y envidian su hermosura. Zela toca con su florida rama á la recién llegada y de su espalda nacen rizadas alas; mas blancas que la nieve, sus piés adquieren notable ligereza... La danza va á empezar, las Willis con caprichosos giros bailan alrededor de Azelia y de su amiga que se estrechan con sin igual



(Aventuras de un loco coronado.)

ternura.—Azelia está muy triste, recuerda á Huberto y un vivo afán de contemplarle agita su alma. La amiga de su infancia la consuela y la impele á la danza... Las dos se pierden y aparecen.—En todos los semblantes está pintada la animación... De pronto cesan y se reúnen bajo las ramas de un frondoso abedul... Han escuchado rumor de gente y en sus ojos se pinta la alegría y la ansiedad del cazador que acecha al ciervo... ¿Qué grupos son aquellos que se adelantan por las calles de arbustos? ¿Quién es aquel joven de negros ojos que lleno de tristeza parece que busca el alma de su alma?—Aquellos grupos son los aldeanos, el joven es el desconsolado Huberto.

—No está... no está, dicen unos á otros.

Las Willis se ocultan con sus alas... los inocentes aldeanos penetran en su mágico recinto... Huberto inundado de pena se sienta al pié de una sonora fuente... De pronto los inespertos aldeanos sienten que una fuerza superior oprime su cintura y sobre sus hombros un peso leve que los hace estremecerse... Quieren huir... no pueden...

—Las Willis!! Las Willis!! gritan, pero nadie los oye... Huberto no ha sido visto, y entregado á su fiero dolor no se apercibe de cuanto le rodea.

La danza continúa... Las Willis arrastran á sus desventurados compañeros y los hacen bailar... apenas tocan el suelo... El cansancio

se pinta en su rostro, piden auxilio, imploran compasión, mas en vano... Un temblor frío se apodera de sus miembros... algunos caen desfallecidos... los mas fuertes van á caer...

—Aquí hay uno, aquí hay uno, gritan las Willis corriendo á Huberto.

—Que baile—sí, que baile... Huberto siente que le obligan á levantarse, quiere oponerse pero no puede... Todas á porfía se disputan la nueva presa.—Todas quieren bailar con él.

—Azelia en tanto piensa en su amado Huberto y quisiera no vivir en su ausencia.

—Zela coje en sus brazos á el amante de la apenada Willis, baila con él y ya cansada lo abandona á otra, aquella le deposita en otros brazos... Huberto grita, y sus voces llegan á los oídos de su amada... Corre á ver si se engaña... mas no, le reconoce y le contempla desfallecido del cansancio y próximo á espirar.

Quiere salvarlo, pero Huberto corre de mano en mano, las Willis voltigean á su alrededor.—Azelia las persigue, quiere arrancarlo de sus redes...

—Dejadle, grita, dejadle... No la oyen... Dejadle.—Huberto, Huberto... Azelia se desespera... corre... vuela... Huberto ya no grita... su voz se aboga en sus labios... Va á lanzar el último suspiro... Dejadle —Huberto cae, las Willis lo abandonan... llega Azelia... toca su pecho... ya no late su corazón... ha espirado... Azelia no puede resistir su acerbo mal y lanza un grito desgarrador.

—Azelia... Azelia... hija mia... ¿qué tienes?... ¿qué te pasa? pregunta el viejo Huddon entrando en la morada de su hija.

Azelia se despierta.

—Ahl padre mio, padre mio, Huberto ha dejado de existir...

—Huberto...

—Ay sí: y comienza á llorar.

Ya el sol inundaba con su fulgente luz los anchos prados. Huddon habia abandonado el lecho muy temprano, y al mirar á su hija en los brazos del sueño la habia dejado descansar.—A sus dolorosos gritos entró en su estancia.

—No, hija mia, no ha muerto, tú has soñado, repuso queriendo consolarla. En este instante se escucharon los armoniosos sonidos de una cítara habilmente pulsada.

—No escuchas esa música? repitió Huddon corriendo á la ventana que daba vista al campo.

Azelia reconoció á su amante... pasó los índices por sus ojos... Cubrió sus formas con sus vestidos y se encaminó con rauda paso hácia la puerta... al abrirla estrechó en sus brazos á su amante... Su esperanza se habia convertido en realidad... Huddon lleno de gozo los bendijo. Azelia conoció que todo habia sido una ficción, un sueño, y henchida de entusiasmo dió gracias al Altísimo.

VII.

Algunos dias después, los dos amantes se juraron eterno amor ante el altar.—Con su felicidad presente habia olvidado Azelia su pasado sueño, y al tornar de la iglesia dió algunos pasos hácia el bosque para tejer una guirnalda de purpurinas rosas, pero de pronto se detuvo y temió.—Su esposo vió cubrirse su semblante de mortal palidez y preguntó la causa.—Azelia le contó su sueño.

La algazara de los festivos aldeanos, la danza de las aldeanas, el dulce son de los caramillos, alejaron su tristeza y la volvieron la alegría.

Azelia fué feliz, pero cuando pasaba por el bosque latía su corazón con fuerza y sus miembros temblaban, nunca podía olvidar su sueño que temia ver realizado.

S. J. NOMBELA.

Mayo de 1855.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

El incendio seguía su marcha vagabunda devorando cuanto alcanzaban sus dientes de llama. Bien pronto se coloró con todos los colores de la belleza, cuando devoraba maderas era roja como la púrpura, cuando sederías blanca, cuando el oro verde. Las cuatro paredes se abrieron por sí mismas, y entonces el castillo pareció una inmensa caldera de cobre, en cuyo fondo hervían los despojos de muchos reinados. Todo socorro era inútil. Los hombres que corrían como demonios por los balcones en los bordes de las cornisas, en las crestas de las paredes, parecían moscas y sus esfuerzos se asemejaban á los de las moscas también. Caían abrasados ó ahogados al pié del monumento que

querían salvar. El agua lanzada contra las paredes, cuyo radiante calor mantenía la gente á mas de cuarenta pasos de distancia, se inflamaba como si cayera sobre una plancha de metal encendido. El rey, á quien el pueblo quería salvar á cualquier precio, se habia visto obligado á dejar la ventana y refugiarse en el hirviente palacio.

¡Cómo llegar hasta él!

Sin embargo, dos hombres consiguieron poner una larga escala formada de muchas escalas, en una de las paredes incendiadas y después de haberse mojado, se precipitaron por ella gritando: «Viva el rey.» El primero era el caballero Megret, el segundo Olof el gigante. Había que subir ciento veinticinco escalones! Ciento veinticinco infiernos, ciento veinticinco infiernos que atravesar al bajar.

El rey, que habia esperado demasiado para dejar este lugar de desastre, no habia podido bajar por la gran escalera de mármol; la escalera se habia hundido bajo su peso y el de Reginold y ambos se habian hallado abismados en el incendio.

En el escalon cuarenta Olof vaciló. El caballero Megret fingiendo no comprender la emocion del gigante, le dijo:

—Si os parece que subo despacio os dejaré pasar el primero.

Olof, que era valiente en el fondo de su alma, no tenia contra si en esta ascension mas que su masa corporal, y respondió:

—No, vais bien... pero esa endiablada agua que vuestro traje deja caer en mi cabeza... Ya sabéis que el agua y yo...

Un clamor espantoso resonó á sus piés.—La pared va á caer! ya cruje, ya se inclina... Bajad, bajad pronto, bajad!

«Viva el rey» exclamó otra vez el caballero Megret ascendiendo como un gato seguido de Olof que ascendia como un oso, y poniendo en fin su mano sobre el borde de la ventana.

Ambos se precipitaron en seguida en el interior del palacio.

—Señor... señor, venid, dijo Megret al rey cogiéndole y arrastrándole hacia la ventana.

Y el rey bajando el primero, fué seguido de Reginold, de Olof y de Megret. El pueblo esperaba angustiado y temblaba á la vista de aquel peligroso descenso. El viento del incendio balanceaba la escala como una cuerda, fan pronto iba á chocar contra la pared formando una curva que arrancaba un grito delirante á cinco mil personas, como parecia que la llama la empujaba y la rompía.

Durante un momento nada se vió.

El pueblo se arrojó espantado.

—«Viva el rey» exclamó tercera vez Megret, abriéndose paso entre el humo, despues de haber tocado la tierra.

—Salvado! exclamó el pueblo viendo á su rey arrancado á las llamas del mas terrible incendio que ha tenido lugar en Suecia.

—Señor ¿dónde dormireis esta noche? le preguntó Reginold delante de toda la corte, delante de todo el pueblo, delante de Eric, Herman, Olof, Lieven, Reuschild y Megret.

—A bordo del Carlos XI, respondió el rey, para apresarme para partir mañana hacia Dinamarca con mi ejército y mi armada. Mi palacio será en adelante un navío de tres puentes y 120 cañones; señores, ese no arderá.

—Señor, dijo acercándose un hombre que salía de la multitud, yo soy Ekerot, el minero que os predijo el incendio de vuestro palacio el día de la caza del oso negro, ¿os acordais?

—Muera el hechicero! gritaron muchos.

—A la horca.

—Al agual

—No, á las llamas!

Iban ya á arrojarse sobre él, cuando el rey dijo:—Deteneos; Ekerot, por mi voluntad soberana te nombro inspector de las ruinas de Suecia.

—Señor...

—Te hago conde.

—Señor...

—Todos tus descendientes varones serán senadores.

—Señor...

—Me predigiste el incendio de mi palacio, pero no sabias que me predecias al mismo tiempo la grandeza de Suecia.

—Señores, añadió volviéndose á Reuschild, Olof, Megret, Herman, Reginold, Eric, Lieven y toda la juventud noble de su corte, un día se os explicará este enigma.

—Por Dios! dijo Megret á Olof, está explicado. La jaula arde, es preciso, pues, que el pájaro vaya á vivir á otra parte.

—No comprendo, dijo Olof.

—Oh gigante, amabilísimo gigante, lo contrario me hubiera estrañado en vos.

Y la gran chalupa á que Carlos XII acababa de pasar se alejó de la ribera, llevando á todos aquellos jóvenes que aquella misma mañana no querían dejar la Suecia y las delicias del palacio real.

El palacio real no existía.

(Continuará.)

ULTIMO AMOR.

FANTASIA.

Hay en la vida de ciertos hombres una época de amargo desaliento, de dolorosísimo cansancio; indefinida é indefinible; que no pertenece ya á la juventud, que no pertenece todavía á la vejez; rayos melancólicos del sol que se pone, crepúsculos luminosos de la noche que comienza...

Epoca de reconcentracón y aparente inercia, en la cual cobra el alma nuevo vigor para sostener el perpetuo combate que constituye el objeto de la incesante peregrinación, del inexorable destino que ha de cumplir la humanidad antes de llegar al término de su fatal carrera...

Epoca de sordo desarrollo, crisis pelagrosísima y prolongada, cuya terminación es muchas veces funesta; crisis que suele dar principio en una orgia y concluir en una tumba...

En esos días que nunca se acaban, en esas noches eternas, devorados por una fiebre desconocida, presa el corazón de confusos deseos, perdidas todas las ilusiones, moribundas todas las esperanzas, brota un rayo de sol, y se vivifica vuestra marchita existencia; un fluido eléctrico, abrasador y corrosivo circula por vuestras arterias; á la inercia sucede la animación, al fastidio el entusiasmo; el aire se enrarece y purifica; vuestro o. rimido pecho se dilata; y cae sobre vosotros con la impetuosidad y la violencia de un torrente, una lluvia miasmática que inunda y rejuvenece vuestra alma, próxima al parecer á fugarse de la mezquina cárcel donde gime.

¿Por qué este repentino cambio? ¿por qué esta metamorfosis súbita y estraña? ¿por qué se ha convertido en febril impaciencia aquella monotonía abrumadora? Ah! porque el indolente génio de la languidez y del hastio ha dejado su puesto al fogoso génio del amor y de las tempestades.

¿Ignorais acaso, que las tempestades forman la corte del amor, como las estrellas son las cortesanas de la luna? Si habeis amado, si ha llegado la hora del último de vuestros amores, sabreis que el amor es un ángel de sorprendente belleza que cabalga sobre las nubes, llevando en una mano el rayo y el estérminio, y en la otra el iris y la ventura.

Ultimo de los amores! Si no le habeis sentido todavía no me comprendereis. Cuando se anuncie en vuestro corazón, cuando á germinar comience, cuando en medio de la profunda obscuridad de vuestra alma surja ese rayo de luz fosforescente y sofocante, entonces descubrireis un horizonte sin límites que no habeis siquiera sospechado; entonces conoceréis la vanidad de vuestras afecciones pasadas; entonces mirareis con supremo desden las angustias que antes os parecieran horribles, y los dolores que creisteis eternos, y los goces que juzgasteis infinitos é inefables.

Ultimo de los amores! Desde su primer instante se distingue dando á conocer las notabilísimas diferencias que de los anteriores le separan; es una fiebre de otro género; un delirio reconcentrado, sin las dulcísimas ilusiones de los vértigos juveniles; un huracan asolador que arranca de raíz las flores del corazón, como el caballo de Atila secaba para siempre la yerba donde imprimía sus herraduras; un fuego insólito que corre por vuestras venas, sin permitir que asomen á vuestros ojos las llamas del incendio que os devora.

Ultimo de los amores! Pasión sin ilusiones, que se nutre de recelos; que vive en la desconfianza, como el ave en el aire, como el pez en el agua, como la salamandra en el fuego; que se apoya en el disimulo; que disfraza la ternura con el sarcasmo; que se complace en crear aterradoros fantasmas; que trasforma los goces mas puros en los mas crueles sarcasmos.

Una mujer, purísima y seductora, prodigio de belleza y de elegancia, rival de su sexo, codicia del nuestro, realidad de cuantos celestiales ensueños pueblan el mundo ideal de los poetas, lánguida y vaporosa como las vírgenes del norte, voluptuosa y ardiente como las hadas orientales; blanca como las espumas del mar; con negra y abundante, finísima cabellera; con negros y hechiceros ojos; con mirada acariciadora y penetrante; con tez suavisima y perfumada, con el tallo de una sílfide, con la frescura de una ondina, con las gracias de una encantadora.

¿La conoceis? Es el último de vuestros amores.

No, no; es el último de los míos; es ella, es el ángel de bendición que derrama sobre las úlceras de mi alma un bálsamo vivificador y santo; es el querube que vierte en mi corazón infinita ternura, inefable y celeste dulcedumbre.

Y sin embargo, ¡cuánta amargura en medio de tanta dicha! ¡cuántos tormentos en pos de tanta ventura! Codicia de todos los hombres, envidia de todas las mujeres, ¿dudareis que brota de su amor un ma-

nantial inagotable de los celos mas horribles, de los celos de ayer, de los celos de hoy, de los celos de mañana? ¡Ay! pobre corazón enamorado y celoso!

Los celos de ayer! ¡si supiérais lo que son! Un veneno que emponzoña todos los placeres; un espejo que refleja los momentos de embriaguez de la mujer á quien amais en los brazos de otro hombre; una nube opaca y densa que se interpone entre la luz y vuestros ojos; un eco que se repite en las concavidades de vuestra alma; un fantasma sarcástico que á todas partes os sigue; una sombra insolente que surge entre dos caricias; el infierno que desencadena todas sus furias y las arroja sobre el corazón cuando acercáis al cielo vuestros labios...

En esos instantes de frenético delirio, de incomparable amargura, permanecéis silencioso, meditabundo, reconcentrado todo vuestro ser en la memoria, que es el suplicio de todos los que sufren: os olvidáis de que la mujer, en cuyo seno se apoya vuestra abrasada frente, es un ángel de candor y de pureza, y con los ojos cerrados, inerte, sumergido al parecer en un éxtasis de delicias, sufrís todos los horrores del martirio.

Mientras ella juguetea con vuestro cabello, abandonada á las expansiones de su amor, recordáis las perfidias de otras épocas y de otras mujeres; mientras ella se lisonjea de haceros sentir dulcísimas emociones recordáis todas las anécdotas picantes y lúbricas, todas las escenas de obscenidad y de impureza que habeis oído, ó presenciado, ó leído; mientras ella vive y siente por vosotros, vuestra imaginación exaltada recorre los anales de la liviandad y de la prostitucion del mundo...

Entonces pensais.

En aquella Julia, hija de Augusto, que adornaba todas las mañanas la estatua de Marte con igual número de coronas al de los jóvenes que habian disfrutado sus favores en la noche precedente:

En aquella Mesalina, que abandonaba el lecho imperial, dejando en él una liberta para recorrer las calles y los lupanares de Roma en busca de lascivos y vigorosos mancebos:

En aquella Agripina, que apuró hasta las heces la copa del libertinaje, embriagándose con los repugnantes placeres del incesto:

En aquella Juana de Nápoles, que en union con su primer amante asesinó á su primer esposo Andrés de Hungría, inaugurando la interminable serie de sus liviandades y adulterios:

En aquella Cristina de Suecia, que recientes aun en sus megillas los besos de Monaldeschi, dictó su sentencia de muerte:

En aquella Catalina de Rusia, que mandaba deportar á la Siberia los hermosos granaderos de su guardia, que obedeciendo la consigna imperial, habian encantado á la mujer deshonrando la soberana:

En aquella...

Oh! perdon, ángel mio, perdon!... Perdona esos paroxismos de celosa pasion, esos vértigos horribles, ese infernal oleaje de recuerdos que me hacen olvidar tu cándida pureza.

¡Te amo tanto! Quisiera hubiesen sido míos todos los instantes de tu existencia, porque al cruzar por mi pensamiento la duda, cae sobre mi corazón una lluvia de fuego que le abrasa, y la vista se me nubla y mis sienes laten con espantosa violencia, y mis oídos zumban, y mi respiracion se acorta y siento que una mortal congoja se apodera de mi alma...

Y los celos de la ausencia!... ¿Quién inventaria la ausencia? Oh! No debe tener corazón quien separa á un hombre que siente su último amor de la mujer que se lo inspira, porque la ausencia y el olvido son hermanos, porque la ausencia es la muerte... ¿Qué os importa una puñalada en el corazón, si os quitan la luz de los ojos, si os quitan el aire para respirar necesario? Ven pronto, alma mia, ven, que te adora y te espera tu desconsolado amante...

¿Vinistes al fin? Si, si, radiante de juventud y de belleza, con tu atractiva sonrisa, con tu lánguida mirada, con tu esbelto talle, con tu tez nacarada; siempre tan seductora y elegante, siempre tan hechicera y hermosa... Pero conservas la constancia?

R. DE NEGRO.

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Continuacion.)

III.

—Ya se acercan.—Allí vienen.—
—Mirad y cuanta galera.—
—A la playa.—Que me oprimen.—

—Vamos, vamos.—Fuera viejas.—
—Deslenguado.—¡Que me ahogan!—
—Conque hermosa, á la una y media.—
—Sí.—¿Qué es eso?...—Seor soldado
hágase atrás que me aprieta.—
—Calla niña si hace frio.—
—Pues yo sudo.—Vaya fuera
de la ciudad á estar ancho.—
—No quiero.—No haya quimeras.—
—Sois un mándria.—Lo veremos.—
—Que se matan!—Que ya llegan.—
—¡Ay! mi toca —¡Ay! ¡Ay! reniego
de tal bulla.—Si me dieran
mas oro que... ¿quid no vuelvo
á meterme en otra.—¡Fuera!
—Ese caballo.—Muchacho.—
—Ya estan cerca, ya estan cerca.—
—Silencio.—Atrás.—Por aquí.—
—A la playa.—Santa Tecla!

Y todos se precipitan

porque curiosos desean
mirar al rey prisionero,
que viene con las galeras,
y cual pantano que rompe,
el muro que le sujeta,
al mirar de la muralla
las puertas del mar abiertas,
lanzáronse entre empujones,
risas, suspiros y quejas
á la playa, en confusion
que un solo instante no cesa,
menestrales y labriegos
soldados, niñas y viejas.

Y á la verdad es fundada
la impaciencia que demuestran,
pues de Francisco primero
ver la magestad suprema,
que á España viene aunque honrada,
no de grado, si de fuerza,
es motivo suficiente
y disculpa la presteza,
conque todos hácia el mar
se oprimen y se atropellan;
que no es por Dios espectáculo
que se ofrece con frecuencia,
mirar un rey prisionero
de quien mil hazañas cuentan.
Los hombres anhelan verle
por su fama de fiereza,
las hermosas porque diz
es galante con las bellas,
las chicas por algarazas,
y por murmurar las viejas.
Mas todos pronto á saciar
van su deseo, pues entran
las galeras en el puerto,
que guardan ó que cortejan
la capitana en qui viene,
su majestad prisionera.—
Ya ha llegado: las campanas
rápidamente voltean;
y al atronador ruido,
conque los espacios pueblan,
en estruendo indefinible
confusamente se mezclan,
atambores que redoblan,
y trompetas que resuenan,
y mosquetes que disparan,
y cañones que revientan.

—Pues aunque viene vencido,
no cual prisionero entra,
sino con todo el honor
de su estirpe y sangre régia,
pues siempre los españoles
valientes en la pelea
con enemigos vencidos
de ser corteses se precian.

La muchedumbre se apiña,
agrupanse las cabezas,
y en balcones y ventanas

pañuelos el aire ondea
agitados por las manos,
de lindas barcelonesas.
—Ya ha entrado dentro del puerto
la capitana galera
y el tablado que en la playa
junto al ravalaje hicieran
de estribor en el costado
la gente de mar aferra,
para que por ella baje
el rey que vencido llega,
desde el buque hasta el palacio
sin que tocar tenga en tierra.

Llegada la comitiva
del monarca á la presencia,
el esforzado Cardona
que á Barcelona gobierna,
á nombre de la ciudad
con muy corteses maneras,
que el hospedaje reciba
que le preparan le ruega.
Dióle gracias el francés,
pero al ver que se le espera
con la pompa y aparato
que cumple á su estirpe régia,
dijo al valiente guerrero
con delicadeza extrema:
«Os doy gracias y las doy
á la ilustre Barcelona,
que bien su nobleza abona
con su proceder de hoy;
pero os suplico señor
mandéis cesen los festejos
que estoy de mi Pátria lejos
y triste, Gobernador.
Que admitan el fiel tributo
de mi gratitud espero,
mas hoy vengo prisionero
y por mi honor visto luto.»

A poco rató el ruido
de atambores y trompetas,
de campanas y cañones
que por los aires resuena,
tornóse silencio mudo
porque al saber la respuesta
que el prisionero monarca
á la comitiva diera,
el pueblo entero comprende
el hondo pesar que encierra
y aunque le quieren vencido,
generoso le respeta.

Salió el monarca francés
que la comitiva cerca,
y á su lado cual su sombra
vestidas sus armas negras,
el fiero Alarcon que guarda
quizá con tosca rudeza
al prisionero monarca
que ni un solo instante deja.

No viste el francés guerrero
recamada sobrevesta
de terciopelo y de oro
ni armadura de Venecia,
ni cubre su régia frente
la coronada cimera,
con airoso pendoncillo
y el modo, *et non plus* en ella;
que solo cubre sus formas
lisa ropilla modesta
de negro color, y negros
los broches que la sujetan
á su talle airoso y fino
que admira mas de una bella.
Negro es el corto birrete,
negra la pluma que ondea
por un broche de azabache
al lado izquierdo sujeta,
y aun su rostro sombreado
por barba aunque corta espesa,
con su palidez enluta

su noble y digna presencia.
A las pláticas responde
que en vano anudar esperan
corteses los españoles
para distraer su pena,
y con sonrisa galante
que mal cubre su tristeza
á los amables saludos
de las hermosas contesta.
Así en medio del silencio
que por todas partes reina,
del rudo Alarcon seguido
y de guardia una bandera,
penetre dentro el palacio
del arzobispo.—A las puertas
queda la plebe un momento
en admiracion suspensa,
hasta que al fin deshaciéndose,
con marcha pausada y lenta,
poco á poco á sus hogares
tomó callada la vuelta;
que tal acontece siempre
después que acaban las fiestas
á que presurosa acude
la muchedumbre contenta.

Retiráronse los nobles
y la comitiva entera,
para que descansen el rey,
ó porque triste no vea,
su vencimiento patente
al contemplarlas tan cerca;
y á poco solo se oían
los pasos del centinela,
que á la puerta del palacio
lentamente se pasea,
murmurando algún romance
para éntretener su vela.

(Se continuará)

ASTUCIA.

Pasando Luis XIV revista á sus guardias francesas y suizas en una espaciosa llanura, un aldeano echó de ver que las tropas pasaban por una heredad que tenía sembrada de guisantes, destruyéndoselos todos: para lograr que prontamente y bien se le abonase el daño, comenzó á gritar: *milagro*, y no lo dejó hasta que llegó á oírlo el rey, el cual le preguntó que ¿qué era aquello?—«Señor, respondió el astuto aldeano, yo habia sembrado en esta tierra guisantes, y veo que han nacido suizos.» Entendió el rey la *astucia*, la celebró, y mandó recompensar con suma generosidad al aldeano.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Ríos.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhau